

Memoria
V Foro Colima y su Región
Arqueología, antropología e historia

Juan Carlos Reyes G. (ed.)

Colima, México; Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura, 2009.

Roberto Urzúa Orozco.
Cura, filósofo, historiador y hombre de a caballo.

Abelardo Ahumada

Entrada

Los hombres somos productos de nuestra formación y circunstancias, pero también reflejos de la sociedad y seres capaces de influir eventualmente en ella.

Quienes conocimos y tratamos al padre Roberto Urzúa Orozco podemos afirmar que él fue un producto muy bien logrado del Seminario de Colima y de las Universidades católicas en donde estudió, y que vivió dando frutos conforme a los dones con que particularmente fue dotado. Concretándose en su persona la advertencia evangélica “por sus frutos los conoceréis”, atribuida directamente a Jesús (Mt 7, 21). Frutos como “el amor, la alegría, la paz, la paciencia, la afabilidad, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre y la templanza”. Valores, diríamos hoy, a los que San Pablo describió a los Gálatas como “frutos del espíritu” (Ga 5, 22).

Y decimos todo esto del padre Roberto sabiendo que esos frutos dio en su acción pastoral y en su trato cotidiano, y otros más que derivaron de su innata pero bien entrenada inteligencia: sus libros sin ir más lejos.

La primera entrevista

Un día de principios de junio del 2005 visité al padre Roberto en su casa de Madero 29, en el bonito pueblo cañero de Cuauhtémoc, situado, como bien se sabe, en las verdísimas faldas del Volcán de Colima.

Lo hallé, ya con sus 79 años a cuestas, reposando una tarde calurosa bajo la sombra de un *figus*, tendido en una hamaca, con sus ojos entornados y como tarareando una canción sólo para sí.

Me vio llegar desde su posición relajada y se puso lentamente en pie, porque hacía no mucho que le había sido colocado un segundo marcapasos en su corazón maltrecho y no estaba habilitado aún para moverse con mayor rapidez.

–¡Hola! ¿Cómo estás? ¡Qué bueno que viniste! – me saludó con gusto y me invitó a entrar en su modesta casa de sacerdote anciano, y a sentarme en el viejo sofá de una sala sencilla que evidentemente en otros tiempos le había servido de estudio.

En las paredes de la salita había varias fotografías enmarcadas de familiares, amigos, conocidos y hasta de políticos con los que tuvo algún trato. Resaltando entre todos los marcos uno mayor, en el que estaba su título de Licenciado en Filosofía, extendido por la Universidad Gregoriana de Roma.

Bajito él, tal vez como de 1.60 m, pero dueño de un cráneo muy bien provisto y mirada atenta, afable e inteligente, el padre se sentó junto a su escritorio. Reposó cómodamente su brazo izquierdo en la superficie oscura donde tantas veces se acodó para estudiar o escribir; cruzó su pierna izquierda sobre la derecha y comenzamos a platicar...

Su infancia y primeros estudios

Gracias a esa charla que se volvió entrevista pude saber por vía directa que nació el 22 de mayo de 1926, exactamente un mes después de la primera manifestación del clero colimote que dio pie al famoso movimiento de la Rebelión Cristera en la entidad. Luego conecté mi vieja grabadora a un enchufe de su casa y lo dejé hablar largo y tendido, interrumpiéndolo de tanto en tanto para indagar sobre algún tópico, o para ampliar otro. Solicitándole de antemano que hiciera un pequeño esfuerzo por compartirme sus recuerdos más o menos en orden.

Sonrió un poco, recurrió un instante a los primeros destellos de su memoria privilegiada y comenzó a decir:

Mi familia de parte de mi padre era de Villa de Álvarez: los Urzúa Alcaraz, una familia muy antigua de allí. La familia de mi madre, en cambio, era de por allá

por Pihuamo y la hacienda de La Estrella, en el sur de Jalisco. Fuimos nueve hermanos, de los cuales fui el mayor. Agustín, el segundo, (Agustín) murió después, y el tercero se llama Juan. Él también es sacerdote, pero de los Jesuitas, y a la fecha trabaja en el norte de la república [Parras, Coah.]. Y aparte me quedan dos hermanos (Fernando ya fallecido también; Alejandro, que vive en Toluca) y cuatro hermanas: Socorro y Francisca, que viven en Guadalajara; María Elena, que radica en Ensenada y María Guadalupe, que es la única de todos que vive en Tecomán.

Nací en Colima, en una casita que había por la calle Zaragoza, precisamente en donde está hoy el colegio Rafaela Suárez, donde aprendí a caminar e hice mis primeras travesuras... Sin embargo, siendo todavía un niño, como de parvulitos, me llevaron a vivir a San Joaquín, municipio de Cuauhtémoc.

Mi papá era Juan Nepomuceno Urzúa, quien se dedicaba alternadamente al comercio en pequeño y a la administración de haciendas. Cosas de ésas... Mi mamá era ama de casa, normal. Pero no tengo muchos más recuerdos de mis primeros años, sino hasta cuando ya tuve uso de razón.

Me crié con un hermano y una hermana de mi papá, solteros, que vivían allí, en la hacienda de San Joaquín. Con ellos comencé yo a crecer, y mis primeros años de escuela los hice en esa hacienda, con los muchachos Ochoa. Por eso todos ellos y yo nos vimos siempre como hermanos.

¿Por qué vivía con esos tíos? – le pregunté.

Pues porque estaban solos. Por servirles seguramente de compañía. Yo creo que algún día le dijeron a mi papa: “Oyes, ¿por qué no nos das al sobrino?” Y él accedió.

¿Había ya entonces una escuela en San Joaquín?

No. Había una maestra particular que vivía en Colima, por la que iban los lunes en el cochecito de la hacienda y la regresaban los sábados. Se llamaba Eusebia Urzúa Carrizales. Ella era la que nos daba clases a otros tres o cuatro muchachos de la hacienda y a mí.

¿No iban hijos de los peones?

No. Era, como te dije, una maestra particular. No había muchas escuelas públicas... Creo que estuve ahí unos dos años que, aun cuando me enseñaron puras cosas elementales, me sirvieron de mucho, porque ya cuando me fui a vivir con mis papás a Tecomán, entré directo a cuarto grado, en la escuela que había allá. Luego hice quinto, porque no había sexto. Aunque no eran, en sentido estricto, ciclos completos como lo son hoy.

¿Qué tan cierto es que por esa época, como no había libros de texto en las escuelas, los maestros particulares al menos enseñaban a leer con el Catecismo del Padre Ripalda?

Realmente no te lo podría decir, pero lo que yo aprendí en San Joaquín fue lo más elemental: el abecedario, leer, escribir, la numeración y un poco de cuentas. Eso sí, la maestra era muy rígida con su disciplina. Nos dejaba tareas muy pesadas y nos exigía mucho para nuestra edad.

¿Cómo era la vida de la hacienda?

Todavía tipo porfirista. El patrón era como el papá de todos: don Antonio Ochoa, que después murió. Te digo que era como el papá de todos porque conocía a todas las familias, los visitaba en sus casas. Tenía una conducta muy patriarcal y así lo sentía también la gente. Como su patrón o como su patriarca, que en su origen quiere decir casi lo mismo.

Entonces se fue a Tecomán y entró directo a cuarto año.

Sí. Ahí hice el cuarto y el quinto... Todavía recuerdo a mi maestro de quinto, el profesor Jesús Mora, muy reconocido en ese tiempo. Era una lumbrera el maestro... Había una sola escuela en Tecomán, y estaba ahí, en el centro... Mi papá se había ido para allá, invitado por un pariente suyo, Juan López, a administrarle una hacienda que después se llamó La Cuarta... Tecomán era un pueblito de calles arenosas. Muy pequeño. Sólo las calles que hoy diríamos céntricas y nada más. Caminabas dos cuadras hacia cualquier lado y ya era el monte: una güinarera.¹ A dos cuadras también estaba el camposanto, y eso era todo Tecomán. Nada de platanares, limoneras o palmares como lo vemos hoy. Una simple ranchería arenosa, caliente, muy caliente... No tenían las calles pavimentadas, ni banquetas, y no recuerdo que hubiera una sola casa de ladrillo. La mayoría de las casas de horcones y de varas, con piso de tierra. Las más elegantes, se puede decir, eran de pajarete, como se llamaba: varas tejidas también, pero cubiertas con lodo aplanado. Casas primitivas, pues, pero un tanto frescas porque se colaba el viento.

¿Y de qué otras cosas se acuerda de aquellos años?

Recuerdo muy claramente el segundo de los terremotos de junio de 1932, aunque hubo tres ese mismo mes. Yo estaba precisamente en Tecomán. Ocurrió en la madrugada, estuvo muy fuerte, pero allí no se cayeron las casas debido al pajarete. Se caían las tejas, pero las casas no. Después vino el que ocurrió el día en que se salió el mar (22 de junio). Recuerdo muy bien que el temblor fue a eso de las siete de la mañana, y que ya había pasado cosa de una hora cuando comenzó a llegar gente que vivía cerca del mar, dando la voz de alarma de que éste se había salido. Como por otra parte, antes de que la misma gente llegara ya nos había llegado un fuerte olor como de lodo de estero, pues nos alarmamos... Para pronto unas personas se fueron a ver lo que había ocurrido, entre ellos el señor cura José María Arreguín. Y como la gente estaba llena de temor, el sacristán, que era un señor muy piadoso que

se llamaba don Gil Rojas, en paz descanse, comenzó a organizar una procesión con otras gentes piadosas. Me acuerdo que él iba con una cruz pesada, y de rodillas, por la arena, seguido de la gente, cantando letanías en las calles de la comunidad... Cerca del medio día comenzaron a llegar los grandes que habían ido hacia la playa, y nos dijeron que ya el mar se había vuelto otra vez a su nivel. Pero traían muchos pescados de los que habían quedado en tierra... De lo que había sucedido en Cuyutlán, a esa hora no se sabía nada en Tecomán, sino nada más que una ola gigante había llegado a un rancho llamado San José, que estaría como a unos dos kilómetros del mar, y nos tranquilizamos todos, aunque durante tres o cuatro noches todavía hubo muchas familias que sacaron sus catres y sus petates a los patios, a los corrales y aun hasta media calle para dormirse afuera de sus casas.

Le hago una señal al padre para que me permita darle vuelta al casete. Él se sonríe, descruza la pierna, se relaja tantito, se acomoda un ojal desabotonado de su guayabera blanca de manga corta y espera mi nueva pregunta. Misma que gira en torno a si realizó algún otro estudio o actividad diferente antes de ingresar al seminario.

El ingreso al seminario semiclandestino

No, fíjate que no. Yo entré el Seminario muy chico.

¿Cómo comenzó entonces esa relación?

Empecé a tener contacto con otros niños ya grandes de la parroquia y me metí al grupo de Vanguardia de la Asociación Católica, a donde entraban los niños de diez u once años en adelante. En esas reuniones fue donde me comenzó a entrar el deseo de ir al Seminario... Eso ha de haber sido por el año del 39. Nos vinimos al Seminario de Colima otros dos compañeros de Tecomán y yo. Entré al curso que denominaban Previo. Un ciclo inicial que básicamente estaba diseñado para medio instruir a los niños que no tenían preparación escolar. De modo que yo ahí, como ya tenía alguna, resulté ser también una lumbrera. Después pasé al Latinado y a Humanidades, cinco años.

¿En dónde estaba entonces el Seminario?

Como todavía estaban muy vivos los rescoldos que dejó la Rebelión Cristera y estaba muy en boga lo de la Educación Socialista, el Seminario no tenía un local que fuese propio e íbamos a veces, a clases, en los anexos de algunos de los templos, como el del Hospicio, donde iba un grupito; como en El Beaterio (o San Felipe), a donde iba otro. Y así. Nuestras habitaciones eran en algunas casas rentadas o que alguna buena gente le prestaba a la Iglesia. Yo vivía con unos pocos compañeros en

una casita de la calle 27 de Septiembre, que tenía tres o cuatro cuartos, a la vueltita del templo del Sagrado Corazón. Y había otros que vivían en una casa fea, situada bajo el nivel de la calle Matamoros, que parecía como sumida, por ahí enfrente de donde después estuvo la carpintería de los Rivera. Esa casa sumida me parece que estaba a espaldas de la casa de don Ignacio Parra, y que era incluso propiedad de ellos. Eran tiempos difíciles para el Seminario de Colima.

En esas circunstancias hice mis cuatro primeros años en el Seminario, estudiando latín, griego y todas las materias básicas. En el ínterin comenzaron a acondicionar mejor una casa acá por las calles 27 de Septiembre y Los Regalado, donde ya me tocó hacer la Filosofía, que eran tres años muy bien determinados con muchas materias muy importantes.

Esa era la misma casa que se cayó en el terremoto del 21 de enero del 2003, pero en su construcción primitiva.

En ese entonces ya era vicerrector el padre Luis Gallardo, en paz descanse, que nos formó a muchos.²

Al terminar la Filosofía nos fuimos de vacaciones a nuestras casas, y en septiembre volví al Seminario para continuar con la Teología, donde cursé mis primeros dos años.

Un largo viaje hasta Nuevo México

Cuando terminé esos dos años me mandaron a continuar estudiando en el Seminario de Montezuma, en Nuevo México, Estados Unidos. El cual era un seminario interdiocesano, o sea para toda la república, que se construyó precisamente por la dificultad de la época y porque había muchas diócesis que en las mismas circunstancias no tenían o no podían tener seminarios. Entonces los obispos mexicanos se juntaron, y con ayuda de los obispos norteamericanos hicieron ese colegio que fue muy bueno, muy bonito, muy catrín.

¿Qué le significó a usted realizar un viaje tan largo después de haber permanecido toda su vida en Colima?

Bueno, mira, en lo personal yo casi no tuve vida familiar. En primer lugar, de chiquito, como te dije, viví acá (en San Joaquín) con mis tíos. Después en el Seminario como ocho años, de manera que irme de Colima, y dejar por ejemplo a mi familia no significó gran cosa, porque yo no me había formado en vida familiar.

Sí, pero tal vez no hice bien la pregunta, pues me refiero al viaje en cuanto tal, porque de cualquier manera eran puras cosas nuevas las que usted iba experimentando y viendo.

Desde luego que era nuevo, y sobre todo, ya en Montezuma, la cantidad de compañeros que fui a encontrar. Acá éramos muy poquitos.

¿En qué se hizo el viaje?

Bueno, me acuerdo que en ese tiempo no había camiones de pasajeros ni salidas regulares de camiones, y lo único fijo era lo del tren. No sé muy bien qué haya pasado en ese tiempo con el tren, pues algo sucedió que no podía uno irse en él. No sé, tal vez un derrumbe de la vía o algo así, el caso es que (en lugar el tren) había unos camiones de carga que tenían algunos señores y que anunciaban que tal día iban a salir a Guadalajara, y entonces uno se acomodaba, se ponía de acuerdo para irse con ellos en ese camión, y así lo hicimos, me parece que en un camión salinero (o que llevaba sal) de don Nacho Parra. Duramos mucho. Salimos de madrugada, caminamos todo el día, y ya en la tarde llegamos. Era una brecha por Pihuamo, pasamos por Tecalitlán. Luego, desde Guadalajara nos fuimos ya en autobús hasta Aguascalientes, puesto que por ahí pasaba el tren nocturno que venía de México e iba hasta Ciudad Juárez. Tren que teníamos que tomar porque era la única manera de llegar hasta la frontera y cruzar hasta el otro lado.

Estuvimos en Aguascalientes algunas horas hasta que pasó el tren. Tardamos creo que otro día y otra noche para llegar hasta Ciudad Juárez, y desde ahí nos llevaron a El Paso, donde no tuvimos problemas, porque llevábamos permisos para cruzar. Desde ahí nos llevaron en algún vehículo hasta Alburquerque, y de ahí a Montezuma. Así llegué. Íbamos dos de Colima, Jesús Trujillo Vizcaíno y yo. Él se ordenó también, pero murió muy joven. Aunque debo decir que ya había otros compañeros de Colima allá, que llegaron antes que nosotros, como el padre Montaña, que ya tenía dos, tres años allí, y Gabriel de la Mora, que se ordenó un año después que yo.³

La ordenación y sus tareas iniciales

Canónicamente estaba estipulado que teníamos que estudiar cuatro años de Teología, de manera que en Montezuma concluí los dos que me faltaban, y allá mismo me ordené, en 1950, exactamente el 8 de abril.

Un arzobispo americano que se apellidaba Byrne fue a ordenarnos. Nos ordenamos cuarenta sacerdotes de toda la república mexicana.

- ¿No había estudiantes gringos allí?

No. Puros mexicanos, y nuestros superiores eran jesuitas. El padre Guizar era el rector, un sacerdote muy respetable, ascético, grandote, delgado, de las

familias Guizar de por acá por Zamora, Michoacán.

Terminada mi ordenación me regresé a Colima y, llegando, llegando, me pusieron de superior en el Seminario, prefecto de un grupo, y daba clases, clases de Filosofía y Latín. Así estuve tres años después de mi ordenación.

En el 53 me llamó el señor obispo (Ignacio) de Alba, y me dijo: ‘Oyes, ya tienes bastante tiempo en la ciudad y es necesario que salgas a una parroquia rural. Te voy a mandar a Zapotitlán’. Pero yo no sabía ni dónde quedaba eso. Y me dijo brevemente: ‘Mira, el sacerdote que estaba allí, acaba de salir porque hubo ciertas dificultades en el pueblo. De modo que vas a llegar a una situación un poco difícil. Ten mucha prudencia, ¿eh?... Vete y llegas tal día’ –porque no es usaba eso de que ahora te lleva el obispo y entra uno con el pueblo y con la banda. No, no.- ‘Tú te vas - me dijo-. Llegas y te presentas como Pablo y se acabó’.

Me acuerdo que me fui a caballo, por Comala, por San José del Carmen, que es el primer pueblo que por ese lado pertenece al estado de Jalisco, a donde sí vinieron algunos a encontrarme y a traerme dos bestias mulares: una para mis maletas y otra para mí, y así llegué, por cierto, al curato, el primero de noviembre, en donde estaban algunas gentes apuntando misas para sus difuntos el día siguiente. Y esa fue mi primer parroquia, donde estuve tres años.

Era una parroquia rural muy grande y sin comunicaciones. Zapotitlán es un pueblo indígena con una gran riqueza étnica muy interesante. Está en las faldas del Nevado, cargadito para el lado norte. De modo que el Nevado le queda a uno cerquitas.

Toda mi parroquia era rural. Yo la recorría a caballo. Yo no había sido gente de caballo, pero me acostumbré a montar. Me echaba mis tres horas diarias para ir a un rancho y mis tres horas para regresar. Y al siguiente a otro, pero estuve a gusto.

Pasaron los tres años y de Zapotitlán volví... me mandaron, fijate, a Tecomán, de vicario, de vicario auxiliar del señor cura (José María) Arreguín; quien era un párroco que ya tenía treinta y tantos años en Tecomán. Él conocía a todo mundo pero ya estaba muy enfermo en esos días, y su temperamento de sacerdote anciano y enfermo no se acomodaba con ningún sacerdote que le mandaban. Entonces el señor de Alba, que era muy humano con los fieles y con los sacerdotes, estando un día con el señor cura le dijo muy en confianza: ‘Oiga ¿a qué padre quiere que le mande? Yo quiero que tenga usted un buen ayudante para que descansa un poco más y ya no se tenga que levantar temprano de la cama’. Y entonces él dijo: ‘Mándeme a Urzúa’. Yo pienso que porqué él conocía muy bien a mi familia, y me conocía también a mí, pues él fue el que me mandó al Seminario. Entonces me dijo el señor de Alba: ‘Te vas a ir a Tecomán, te pide el señor cura

Arreguín... Vas de auxiliar. A ver qué pasa, ahorita está muy enfermo pero todavía piensa; así que ponte de acuerdo con él'. Y así estuve. Yo llegué a Tecomán en mayo (de 1957), y el señor cura murió en octubre de ese mismo año.⁴ Y en cuanto murió el padre, el obispo me dijo: 'Te quedas de párroco. Inmediatamente'. Y me dio el nombramiento.

Por los meses que yo ya llevaba allí me di cuenta que era el Tecomán que comenzaba a crecer, y no el que conocí de niño. Ya empezaban a llegar todas esas familias que venían de fuera, que ahora conocemos: los Leaña, los... todas esas familias. Era todavía un Tecomán no muy grande, pues, para que te des una idea, en el lugar en donde ahora está la parroquia del Sagrado Corazón era monte. Comenzaban a verse palmares, comenzaban a organizarse las limoneras, empezaba ya a ser lo que ahora es, pero todavía teníamos muchas dificultades para trasladarnos. Por ejemplo, para ir de Tecomán hasta Cerro de Ortega, el camión no llegaba sino hasta la Zanja Prieta, y de ahí para allá a caballo. Puro fango en tiempo de lluvias, puro fango. Pero de todos modos tenía que ir. Y así me la pasé en Tecomán, en el Tecomán que evolucionó prácticamente en mis manos, diecinueve años.

¿Entonces usted conoció muy bien al coronel... aquel famoso...?

¿Otero? Otero Pablos. Eran dos hermanos Otero, el coronel, que se llamaba Jesús, y su hermano... No me acuerdo ahorita cómo se llamaba, pero fueron de los primeros que comenzaron a desarrollar la agricultura allá. Por cierto que eran de Ciudad Guzmán, o por allá, y a Tecomán sólo de vez en cuando iban.

Usted fue testigo de ese desarrollo de Tecomán.

Sí.

¿Cómo más o menos de dio?

Bueno, empezaron muchas cosas muy prácticas. Ahora puedo decir que el primer desarrollo o beneficio que empezamos a vivir en Tecomán fue el empedrado. Se empezaron a empedrar las calles... Recuerdo que se comenzó a empedrar allí en la esquina de la presidencia municipal. Allí muy solemnemente fue un arquitecto, pusieron una estaca, la clavaron, midieron con un aparatito y pusieron un letrerito que decía algo así como 'esta es la altura oficial de Tecomán sobre el nivel del mar'. ¡Ja! Ocho metros creo que fue lo que le pusieron, y de ahí en adelante sacaron todos los niveles de las calles y se comenzó a empedrar poco a poco. Era presidente municipal un capitán, que no recuerdo su nombre, pero que durante mucho tiempo fue cacique allí. Y así fue ya como comenzó a evolucionar Tecomán y a agarrar facciones de pueblo. Porque antiguamente todas las calles eran de arena, y de arena gruesa y caliente, como de mar. Y había dos o tres calles, una que se

llamaba la Principal, o la Calle Real le decíamos también, la que viene del templo, que eran las únicas por donde entraban y salían los camiones, porque ya habían hecho huella honda, hasta lo macizo. Pero por las demás no podían transitar porque se atrapaban las llantas en el arenal. Y ese empedrado fue como la marca que vino a separar al Tecomán antiguo, étnicamente indígena, del Tecomán más moderno y mestizo.

¿Me está queriendo decir que cuando usted llegó como sacerdote allí todavía había indígenas?

Sí, y no sólo eso, sino que había barrios en donde habitaban algunas familias de naturales, podríamos decir, y un barrio en donde había puros indígenas, que era ese barrio el que estaba para la salida del Cerro de Ortega.

Yo he oído cosas que no me constan, que se dicen o han dicho de Tecomán, como por ejemplo que era gente muy brava en ese tiempo, macheteros, que se emborrachaban seguido y que por eso mismo a cada rato había muertos. ¿Qué sabe usted de eso?

Bueno. No precisamente era la cosa tan trágica, pero cuando alguien moría en un lance de éstos sí era por lo regular a causa de heridas hechas con armas blancas, como les decíamos ahora, y entre ellas sí destacaba el machete, porque era una herramienta común allá. Pero armas de fuego no, casi no se veían. Mas era cosa de vez en cuando. Y yo no tengo memoria de haberme enterado de algún pleito muy escandaloso en el que hayan matado dos, tres. No, no.

¿Y el templo?

Cuando yo me hice cargo de la parroquia el templo ya tenía veintitantos años de haberse empezado a construir por el señor cura Arreguín, con unos cimientos muy grandes, y los muros tenía cuatro metros de alto, muy gruesos y grandes también, de ladrillo, pero sin techo. En el centro entonces de aquel templo en construcción había, de manera provisional, una ramadita de palapa para la misa, y para proteger el altar, en donde estaban esas imágenes tan veneradas, ¿verdad?, de Santo Santiago y de la Virgen de la Candelaria. Eran las únicas imágenes que había, y que tú habrás visto por ahí en mis libros, ¿verdad? Santo Santiago de herencia indígena, y La Candelaria, de herencia española, pues Santo Santiago estuvo siempre en el pueblo indígena de Santiago Tecomán, y La Candelaria, en la parroquia de Caxitlán, poblado de españoles, que con el tiempo desapareció y se fundió con el de Tecomán, cambiando incluso la sede de la parroquia desde allá hasta acá.

El atardecer pintó de rojo los grandes cúmulos nubosos que preanunciaban el próximo inicio del temporal lluvioso; la luz natural que penetraba por la ventana de la salita del padre comenzó a menguar. Vi que experimentaba ya algún cansancio y detuve la

grabadora.

Pero luego él me invitó a subir al piso superior para conocer su biblioteca y lo seguí por la inclinada escalera, a la que remontó con evidente esfuerzo.

Ya arriba vi en una de las paredes la réplica de un gigantesco mapamundi que me mostró ufano, recorrí los ordenados libreros cubiertos de títulos impresos en varios idiomas: La *Teología* de equis, la *Filosofía* de ye, la *Historia de Colima* de zeta y algunos otros más sobre los que me brindó algún comentario, y en ese intelectual contexto me despedí de él, prometiéndole que en mi próxima visita le llevaría el borrador de un nuevo libro que estaba yo escribiendo para que lo leyera y me lo criticara.

Regresé a Colima por la carretera vieja, y cuando pasé por el Seminario de El Cóbano entendí que al padre Urzúa ya no le había tocado dar clases allí, o muy pocas, en un principio.

La segunda entrevista

Casi tres semanas después, el sábado 25 de junio del mencionado 2005, picado por la curiosidad y deseando terminar la entrevista con el padre Urzúa, me levanté temprano, desayuné y me fui a visitarlo una vez más hasta Cuauhtémoc.

Durante el trayecto por la vieja carretera libre comprobé con gran gusto que las lluvias habían comenzado a caer unos pocos días atrás, puesto que comenzaba a reverdecer el campo y en los últimos cañaverales que se quemaron hacia el final de la zafra ya estaban re-apareciendo los brotes prometedores de las cañas nuevas. Viéndose toda la atmósfera como si estuviese limpia y recién lavada. A diferencia de como 20 días antes, cuando el padre Roberto y yo habíamos iniciado la charla, se miraba todo manchado por el hollín que producían los cañaverales quemados y por el gigantesco chacuaco del ingenio de Quesería, humeando constantemente desde noviembre anterior.

El anciano sacerdote estaba caminando lentamente en la banqueta de su casa, como en plan de hacer un poco de ejercicio. Lo saludé y me invitó a pasar una vez más hacia el interior de su sala. Encontrándola fresca y sin el rigor de la resolana que nos había molestado durante la tarde de la primera entrevista.

Su gran amor por la historia y la gran experiencia en Europa

Me comentó con gran entusiasmo que ya había terminado de leer el ejemplar de mi libro *En Busca de la Identidad Perdida*, que le regalé en mi primera visita y aproveché para

comentarle que uno de los motivos que me inspiró para redactarlo fue una tesis suya que expuso en su fascículo *Los Tecos, un Pueblo sin Historia* (1968). Donde dice, poco más o menos, que “los documentos son para la historia como el esqueleto es para el cuerpo”, y que, cuando no hay más recursos para estudiarla, uno tiene que echar mano de la observación de otros pueblos muy parecidos y las circunstancias geográficas, “para poder ponerle a ese esqueleto los músculos, los tendones, la piel y hasta un rostro de ser posible”. Confesión que evidentemente le complació, y... “A propósito de la Historia ¿Cómo fue que comenzó usted a incursionar en la investigación de los anales de Colima?” – le pregunté.

Una nueva sonrisa de asentimiento le hizo brillar sus atentos y bondadosos ojos. Luego respondió:

Se podría decir que fue cuando estuve como párroco en Tecomán, donde permanecí durante 19 años. Desde antes ya conocía un poco de lo que habían escrito el profesor Felipe Sevilla del Río, el doctor Miguel Galindo y algunos otros historiadores medio primitivos que hubo en Colima, porque siempre me había gustado la historia. Pero un día, de recién que llegué a Tecomán, como el curato estaba muy sucio, me puse a limpiarlo y, al estarlo haciendo vi una caja vieja que abrí, en la que me encontré unos libros parroquiales muy antiguos. Los desempolvé y los comencé a hojear, dándome cuenta de que aquéllos tenían por lo menos dos siglos, dada la caligrafía con la que estaban escritos. Con mucho cuidado, porque había unas hojas casi deshaciéndose, comencé a tratar de inteligir qué decía esa escritura tan difícil de interpretar, y me encontré con que hablaba de cosas ocurridas en un pueblo muy antiguo del que nadie se había ocupado antes, y que se llamaba Caxitlan o Caxitlán. Me emocioné con el descubrimiento y me comencé a interesar por conocer esa veta histórica que nadie, al parecer, había explorado antes.

¿Entonces sabía usted *paleografiar*?⁵

Un poco.

¿Y quién le enseñó, o dónde aprendió?

Cuando estuve dando clases en Colima llegué a juntarme con este señor... ¿cómo se llama? ... Pariente del gobernador De la Madrid...

¿Don Alfonso?

Sí. Don Alfonso de la Madrid Castro, a quien también la gustaba la historia, y tiene algunos libros escritos... Y luego ya después a él le ayudé. Pero me acuerdo que él, al principio, llegaba y me decía: ‘Padre, aquí le traigo estos documentos del siglo XVI para que me los paleografie’. Y yo sin saber le decía: ‘Déjemelos, don Alfonso, déjemelos’. Y empezaba yo a buscarle y a buscarle, hasta que iba entendiendo algo, y de repente se lo entregaba: ‘Aquí tiene, don Alfonso’. – Muy

bien, me decía, y él lo aceptaba. Y a veces acontecía al revés, pues yo le llevaba alguna página de algún libro de aquella época, o algún acta de algún español de por 1700, de los que habían vivido en Caxitlán, y se la mostraba para que me diera también su versión, y así fue como aprendí a paleografiar en la práctica y ayudándome un poco con él, compartiendo cosas y conocimientos.

¿Eso quiere decir que ya usted tenía antecedentes como investigador de historia?

Estudios oficiales no.

De historia tal vez no, pero ¿qué quiere decir entonces ese título de Filosofía que se ve allí?

De eso sí. Es la Licenciatura que saqué en la Universidad Gregoriana.

Pero no me ha dicho cuándo fue a estudiar allá.

¿No le lo dije? – abrió los ojos con asombro. ¿Por qué no te lo dije? Ah, ya me acordé: Después del internado en Montezuma y de mi ordenación, me vine a Colima y de inmediato me comisionaron para irme como prefecto y a dar clases en el seminario. Fueron dos o tres años y antes de irme a Zapotitlán (ahí fue donde dejé el vacío en mi historia), me mandaron a Roma, para perfeccionar mis estudios en lo que yo quisiera, entre Filosofía, Teología y Sociología, que era ésta la carrera que entonces se había puesto de moda y se consideraba como necesaria para entender la situación del mundo en general. Pero me gustó la Filosofía y me dediqué a ella, desde luego que debiendo haber aprendido antes el italiano, y refrescado el latín. Los cursos eran de tres años para la licenciatura (equivalente a la maestría de acá, N. del R.), y cuatro del doctorado, pero me bastó con la licenciatura. Presenté mi examen, me aprobaron y saqué Licencia en Filosofía. Ése es un título académico que tú sabes es Licencia para enseñar Filosofía.

Litentia docendi.

Sí. Litentia docendi.

¿Cómo fue para usted esa experiencia de estudiar en Roma, en Europa?

Muy interesante. Ya te has de imaginar, ¿no? Muy interesante. A mí me mandó desde luego el obispado, y me sostenía económicamente. Me hospedaba en Roma, en el Instituto Pío Latino, para puros estudiantes de América Latina. Entonces allí vivía e iba a las clases a la Universidad Gregoriana, que ésta sí estaba abierta a nivel mundial. Recuerdo que los años, o más bien, los ciclos escolares eran muy cortos y teníamos unas vacaciones de verano de cuatro meses de duración. Entonces ¿qué habría de hacer durante esos cuatro meses de vacaciones yo en Italia? – me pregunté.

Por ese tiempo estaba recién fundada una congregación del padre Marcial Maciel, que actualmente todavía vive en México, los Legionarios de Cristo. Tenían una fundación en España, y yo ya tenía amistad con algunos de ellos, les comenté

mi situación y me invitaron a ir a esa casa ubicada en el pueblo de Cobres, en la provincia de Santander, donde me pasé mis primeros cuatro meses de vacaciones.

Recuerdo que (para irnos hasta allá) salíamos de Italia en la tarde, en un tren, desde una ciudad al norte, viajábamos toda la noche y cruzábamos toda Francia, para amanecer en la frontera de España y luego ya me internaba en Santander. Pero (en el primer viaje) eran como las dos de la mañana y recuerdo que me despertó un grito del conductor: '¡Marsella!' - ¡Marsella! ¡Ah! Y hasta me bajé en la estación a tomarme un refresco allí... Después, año con año me pasaba las vacaciones en España. Pero no me quedaba estático o encerrado en esa casa, sino que como hacía mis ahorritos durante el año, nos íbamos a los toros, en las tardes, a Santander, que nos quedaba como a media hora en autobús, o los fines de semana me iba a Madrid y a los lugares cercanos, por lo que mi vida como estudiante fue variada, pues visité muchos museos, bibliotecas, ahí mismo en Roma. Y en las vacaciones pequeñas, como las de Navidad, me iba que a Asís, a Nápoles, y a los pueblos y las ciudades que me quedaban más cerca, aunque llegué a ir hasta Sicilia... Entonces fue una experiencia muy rica para mí. Aparte de que en ese tiempo empecé yo, poco a poco, a escribir artículos que mandaba ya no sé para qué revista española, que publicaba un amigo y me los pagaba muy bien. De modo que tenía mi entrada extra y tuve cierta libertad para moverme según mi curiosidad psíquica por un lado, e intelectual por otro, en museos y cosas así. Habiendo enfrentado ocasionalmente situaciones muy curiosas. Así fue mi vida durante casi cuatro años allá. Pero según mis cálculos estaba ya para venirme a México, cuando hablé con el Obispo de Alba y me dijo: 'Mira, [de Roma] te vas a venir a España, a Victoria. En Victoria hay una facultad de Sociología... Vas a hacer un curso de dos años de Sociología, y luego te vienes para acá'. Pero yo ya estaba enfadado. Ya estaba hasta el copete de Europa. Ya no aguantaba, y tuve el valor de protestarle: 'Oiga, señor, yo ya quiero volver a México. Ya estuve bastante afuera y ya quiero volver. Discúlpeme pero yo me voy'. Y luego ya, como a los dos tres días me dijo: 'Vente, pues'. Y se acabó.

Entonces, como yo había, cuatro años antes, volado desde México a Italia, me dije: 'Me voy a volver en barco para ver qué tal'. Y que tramito mi viaje de Génova a Nueva York, pero con la condición de que me embarcaran mi equipaje tal día en Génova, porque yo quería irme mis últimos tres meses a España, por tren. Y como ese barco iba a pasar tal otro día por Barcelona, y yo ya iba a estar allá, pues lo abordaría. Y así le hice: me vine a España los últimos tres meses, donde me la pasé muy a gusto. Recuerdo que llegó el día. De Madrid tenía que tomar un avión a Barcelona en la mañana, porque el barco pasaba a las tres de la tarde, y

eran las doce del día y no había boletos en el avión. Estaba yo asustadísimo. ‘¿En qué me voy? A las tres pasa el barco’. Me encomendé a Dios, me encomendé a Dios... Fíjate, desde entonces tengo una práctica de control mental, y ¡vieras que resultado me ha dado! ¿Eh?... Aquí es donde está la mente y no tiene remedio, funciona... Pero no debo desviarme de mi tema, aunque me entusiasma el tema del control mental. Y entonces me dije: ‘No, aquí tengo que hallar algo’... La oficina de la aerolínea Iberia que yo tenía que abordar para ir a Barcelona estaba frente a un jardín, y me fui a sentar en él, porque el empleado de la aerolínea me había dicho: ‘Pues si quiere quédese cerca de aquí por si falla un pasajero, pues de otro modo no le puedo vender el boleto’. Salí, vi el jardincito que estaba enfrente, voy y que me siento, y ahí estoy, y empecé mentalmente a trabajar, y luego llegó un señor que se sentó por un lado de mí. Un señor muy solemne con un periódico abierto así, y luego se empezó a poner como que quería platicar conmigo, y yo preocupado por mi problema, hasta que en la plática salió mi asunto. Él me preguntó que de dónde era, y en cuanto le dije que de México se interesó y me dijo: ‘¿De modo que usted está preocupado por su boleto de avión?’ – Sí, tengo que estar en Barcelona para tomar el barco y si no hay boleto lo voy a perder. ‘Espéreme tantito – me dijo-. Sacó una tarjetita. Apuntó algo detrás de ella y me la entregó: ‘Tenga. Vaya a la taquilla’. Así de fácil. – Muchas gracias, señor. (Yo no supe ni quién era). Atravesé la calle. Fui. Les dije: ‘Me acaban de dar esta tarjetita’. Inmediatamente me dieron un boleto, pues resulta que el señor era un comandante de la policía. Era el tiempo todavía de Franco. De manera que la situación en política era muy delicada, y ha de haber sido la gran cosa este señor, puesto que con una simple tarjetita me solucionó el problema.

Y así estuvo. Total, para no hacértela más larga, llegué a Barcelona, me fui al puerto, me pusieron las vacunas que tenían que ponerme. A las tres de la tarde oigo que anuncian: ‘¡Listo el barco que sale para Nueva York!’ Me subí, llegué a mi camarote que tenía reservado desde Génova y entré. Me tocó con dos chinos, por cierto, dos chinitos. Éramos tres. Salimos a tiempo desde Barcelona, y le pregunté al Camarero: ‘Oyes, ¿cómo a qué horas pasamos por Gibraltar?’ – Como a las dos de la mañana – me contestó. ‘¿No me hablas, por favor? Quiero ver el puerto, el peñón, al entrar allí al Atlántico’. – Sí, como no – me dijo, pero no me habló. Se le olvidó. Total, caminé seis días en el barco; seis días hicimos de Barcelona a Nueva York, donde llegamos un día al oscurecer. Y los del barco nos dijeron: ‘Miren, van a bajar hasta mañana, porque ya casi es de noche, y van a tener que dormir todavía en el barco’. - ¡Ah, está bien! – Venía el barco lleno. Era uno de los grandes trasatlánticos de aquella época, de los de lujo. Total, dormimos

en el barco. Al día siguiente nos bajamos; tomé el tren hasta San Antonio, Texas, y desde ahí hasta Nuevo México, para poder llegar a Montezuma a ver quién estaba de conocido y saludarlo, y para recordar el tiempo que viví yo ahí. Luego me regresé a El Paso y crucé hasta Ciudad Juárez, ya en México. Y desde ahí me vine, otra vez por tren, a Guadalajara, y de Guadalajara a Tecomán, y aquí me tienes de nuevo, pero ya en Victoria no me quedé. ¡Je, je! Feliz de haber perdido la oportunidad. ¿Cómo ves?

En efecto, muy interesante.

De nuevo en Colima y los primeros libros

En Tecomán fueron 19 años. ¿Qué siguió después?

¿De Tecomán...? ¡Ah, école! Para entonces ya iba yo a publicar mi primer libro y estaba metidísimo con la historia, y entonces le dije al señor obispo, que ya no era De Alba, sino el otro, don Rogelio... Uno de aquí de por Zamora, Michoacán, y le digo: ‘Oiga señor, ya llevo 19 años en Tecomán. Quiero una especie de vacación. Me voy de sacerdote, pero me voy a donde yo quiera –subrayó con énfasis– porque me quiero dedicar ya de lleno a la historia de Colima.

¿Eso quiere decir que en el ínterin se había dedicado a estudiarla?

Sí, así fue. Yo creo que todos esos recorridos y visitas de estudio por numerosos museos de España e Italia me brindaron ciertas herramientas, y con ellas recomencé a trabajar acá en Colima. Aunque siento que en esto de la historia local mi aprendizaje lo fui haciendo sobre la marcha. Fui un tanto autodidacta en eso.

¿Cuáles son algunas de sus investigaciones que recuerda ahorita?

El padre sonrío francamente, descruza las piernas, coloca brevemente sus manos sobre sus rodillas, se rasca la coronilla con el dedo medio de la mano derecha, como dando tiempo a su memoria para recuperar los datos, y expresa:

De los artículos que escribí para la revista española que te comenté, ya no me acuerdo. Ni siquiera sé cómo se llamaba esa revista. Ya acá, en Colima, comencé, como te dije, a indagar sobre la historia de Tecomán y sus alrededores, y así fueron saliendo, entre varios otros textos que en este momento recuerdo, y que no te los mencionaré en orden, “El Hospital de Tecoman”, relativo a la existencia de los primeros hospitales franciscanos que hubo en nuestra región, sostenidos a base de caridad y dirigidos o administrados por las cofradías de la Inmaculada Concepción; “Las Parroquias de Caxitlan y Tecoman”, que derivó del estudio de

aquel antiguo libro revelador del que te platicué hace rato. Luego escribí un largo capítulo titulado “Los Tecos, un pueblo sin historia”, y obviamente, otros fascículos sobre la “Conquista de Coliman”.

Con éstos y otros fascículos integré finalmente un libro que titulé Coliman, Caxitlan y Tecoman. Pero con las investigaciones sucede que luego se pica uno, y de una cosa se va a otra, y así, al estar leyendo una carta de un soldado español de los que vinieron con el conquistador de Colima, Gonzalo de Sandoval, me llamó la atención el saber que ése hombre, llamado Jerónimo López, juraba haber sido uno de los fundadores de la Villa de Colima y haber vivido durante dos años aquí, peleando mientras la provincia se pacificaba. Ese testimonio picó mi curiosidad y me puse a buscar más pistas acerca de ese soldado español que, habiendo sido protagonista en aquellos singulares acontecimientos, posteriormente se convirtió, sin él haber pretendido serlo, en una fuente básica de información directa sobre la conquista de Colima. Todo ello al escribirles cartas reiteradamente al rey y a la reina de España, para que le reconocieran sus aportaciones y de algún modo le recompensaran sus gastos.

Esa investigación fue para mí fue hasta cierto punto angustiada. Pero de ella surgió la biografía de Jerónimo López, que se convirtió en uno de los trabajos que integran mi Trilogía Histórica de Colima. En la que comparte páginas con un largo estudio sobre “El Camino Real de Colima” y otro que titulé “La Muerte del Indio Alonso”. El texto del Camino Real se mereció un elogio de don Salvador Novo, quien me escribió una carta que posteriormente inserté en la segunda edición. Y el que se refiere a la muerte del bandido y guerrillero zacualpeño, Vicente El Indio Alonso, propició la aparición de una novela del escritor colimense Alfredo Montaña, que precisamente tituló Las Andanzas del Indio Alonso, al igual que una obra de teatro de don Emilio Carballido que, si la memoria no me falla, se llama “Vicente y Ramona”, que no me ha tocado ver, y a cuya presentación no recuerdo que me hayan invitado –dijo con un mohín sonriente.

El encuentro con Ramona Murguía

Luego se le iluminaron los ojos y, como si estuviera viendo de nuevo todas las escenas, me adelantó:

Respecto a la historia de Alonso déjame decirte que de niño escuché muchas cosas que se decían de él en el sentido de que era brujo o nagual y otras cosas por el estilo. Muchos años después, cuando fui párroco de Zapotitlán, Jal., me tocó

saber de la existencia de una mujer de esos rumbos a la que siendo muy jovencita, raptó El Indio Alonso, y que finalmente fue la que lo mató. No pude conocerla entonces pero me quedé con la idea firme de hallarla y la busqué. Se llamaba Ramona Murguía.

Después de varios meses di con alguien que sabía en donde estaba y tras de arduas negociaciones a través de interpósitas personas, un día me permitió ir a su casa y se manifestó dispuesta a contarme todo lo que yo pudiera aguantar. Fue un día, a mediados de septiembre de 1973, por ahí como a media mañana. Como una anciana que era, comenzó a recitarme la lista de todas las enfermedades que padecía, síntomas y tratamiento incluidos. Yo, que para pronto quería enterarme de sus lances con el bandolero, asentía y atendía, pero deseaba que ya comenzara con los detalles que a mí me interesaban. Pero en eso me pregunta si ya desayuné. Le digo que no y me sirve en su mesa un par de humeantes tamales de elote, y un jarro de esos con cinturita, lleno de leche de chiva. Lo que me puso a temblar, porque yo no bebía ni siquiera leche de vaca. Después ella tuvo que salir a ocuparse de algo y aproveché la oportunidad para tirar ésa que para mí era una porquería. Luego volvió y, después de darle muchas vueltas al asunto, finalmente me comenzó a platicar:

“Aquello dio principio la noche de un sábado de julio del año 1917. Yo andaba en los quince y vivía con mis padres y hermanos en un rancho de nuestra propiedad, ubicado en La Mesa de los Arias, municipio de Zapotitlán... Eran los tiempos de las siembras, y yo tenía forzosamente que ayudar en la casa, cocinando, moliendo la masa, haciendo tortillas para los mozos, ordeñando las vacas, cuidando marranos, cosas así... A pesar de ser una jovencita yo ya tenía un prometido y me quería casar... Yo ya había oído hablar de El Indio Alonso – me dijo-, pero la primera noticia que tuve yo de él – explicó como en un susurro- fue en sueños, y es que él era algo raro, hechicero o magiquero, no sé, pero tenía poder... La noche en que lo soñé tuve calentura... Soñé que me robaba y me llevaba con él... Tenía mucho miedo... Tardé varios días en sanar... Y le platicué a mi mamá el sueño...

“A poco, una noche, por ahí como a las once, mi papá estaba tomado y oímos ruidos de caballos afuera... Abrieron la puerta de un golpe. Entraron tres hombres, el de en medio era el mismo Alonso... Él me vio junto con mis hermanas pero para pronto dijo ‘esa es’”. Luego amarraron a mi papá, a uno de mis hermanos, a un mozo y a otros dos hombres que estaban allí, y a mí me envolvieron en una cobija y me llevaron abrazada... Entonces yo le grité al que me llevaba: ‘Me va a llevar, viejo desgraciado, pero sepa que con la vida me va a pagar’... Y desde

entonces estuve esperando una oportunidad para cobrarme”.

En fin – volvió a decir el padre–, una gran entrevista con Ramona, que no concluyó con la muerte de Vicente Alonso, pero que llegó a su momento cumbre cuando me habló de eso. Pero ya la leerás o la habrás leído.

Párroco y juez eclesiástico

Me quedé un rato callado luego de que el padre Urzúa terminó su evocación de Ramona Murguía y seguimos después hablando de su propia historia.

¿Y cuándo, entre tantas actividades como sacerdote, se daba tiempo para escribir? Nueva sonrisa y se puso de pie.

Mira, ven, mientras platicamos quiero enseñarte algo.

Y volvimos a subir por la estrecha y empinada escalera hasta la biblioteca en donde, como dije antes, había varios libreros con sus anaqueles llenos de textos que tal vez hace años no había vuelto nadie a abrir.

Luego me mostró una pila hecha con los libros que él mismo había escrito y, mientras los hojeaba yo, él respondió a la pregunta:

Como te comencé a decir hace rato, cuando cumplí 19 años de párroco en Tecomán ya no estaba en la diócesis el señor obispo Ignacio de Alba, sino don Leobardo Viera Contreras. Entonces un día lo vi y le dije:

‘Señor, ya tengo 19 años en Tecomán y necesito una especie de vacación, yéndome a servir a un pueblo en donde pueda seguir trabajando lo de la historia de Colima’.

Me preguntó que a dónde quería irme, y le dije que a Suchitlán, pensando que por ser un pueblo pequeño y tranquilo me iba a poder dedicar a mis cosas, pero no me hallé allí. La gente es buena pero muy exigentita, y entonces nada más me cambié a Cofradía, enseguidita, y ahí sí me acomodé. Hice el curatito, hice el templecito, estuve muy a gusto.

Al mismo tiempo estuve trabajando en el Obispado, en el Tribunal Eclesiástico. Yo lo atendí muchos años el Tribunal Eclesiástico, donde arreglé muchos casos matrimoniales. Entonces, en las mañanas me iba al Obispado y me regresaba a Cofradía a las dos, donde hacía mis labores de cura y me dedicaba en ratos libres a escribir y a estudiar.⁶

A los tres años de estar yo ya feliz, pues ya había publicado el primer libro: Coliman, Caxitlan y Tecomán, y estaba preparando ya el de la Trilogía, muy metido en eso, me dijo el Obispo: ‘Oye, ya está bueno de vacación, hay que

chambearle’.

¡Ja, ja, ja! ¿Así le dijo?

Sí, y agregó: ‘Vete a Coquimatlán’. –‘¿Al calor otra vez, Señor?’ Ni modo, agarré mis cositas y me fui a Coquimatlán, donde duré tres años más o menos bien. Es gente buena, hice muchas amistades, como la de mi tocayo Roberto George Gallardo, quien era secretario del Ayuntamiento cuando yo llegué allá... El otro día lo vi, ya muy gordo y cachetón, pero entonces era delgadito.

Estuve tres años nada más en Coquimatlán, pero a gusto, muy a gusto. A los tres años yo creo que al obispo le estuvo remordiando la conciencia: ‘Oye, pos éste, de veras, ya tiene muchos años por acá en la costa’. Y entonces me dice: ‘Cuauhtémoc. Te me vas a Cuauhtémoc’. –¿Cuauhtémoc, señor? – Sí. Buen clima, carretera. – De acuerdo, oquey. Y dejó Coquimatlán y me vengo aquí a Cuauhtémoc. Eso sería por el año 85. Llego aquí y me acomodo. La gente buena, el curato está muy bonito, muy arregladito, me acomodo muy bien. Ya tenía yo mi camionetita. De los ranchos atiando Buenavista, El Trapiche, Chiapa, Ocotillo y otros ranchitos que había por allí, pero en el 95 me pegó el embolio. Me perdí completamente y tuve que dejar la parroquia. Y para eso ya habían pasado como diez años y ya había comprado esta casita. De modo que medio enfermo, medio en recuperación me vine aquí. Ahora tengo ya un segundo marcapasos en el corazón que me puso mi buen amigo Cuauhtémoc Acóltzin; que me aprecia mucho y es capaz de venir a verme hasta a aquí. Y aquí estoy esperando el tiempo y las últimas consecuencias de mi problema cerebral, aunque noto que estoy bastante recuperado, pero me queda alguna resonancia, yo creo que más bien es una cosa psíquica, porque física no, porque ya vez, me muevo, y todo, pero tengo como miedo de caerme y no puedo retirarme, y si por ejemplo tengo que ir a Colima, alguien me tiene que llevar... El problema sigue hasta la fecha. Empiezo otra vez a leer. Ahorita me entusiasmé ya con tu libro, me lo voy a devorar, pero hasta hace poco no leía. Tengo una biblioteca muy buena, con muchos libros clásicos, muy grande, donde me entretenía mucho leyendo, pero ahorita apenas voy a empezar otra vez con alguna afición.

Y con esa frase concluyó la segunda entrevista, hecha, como ya anoté, el 25 de junio del 2005.

Un poco más cerca del fin

Desde entonces y hasta principios del 2007 ya fueron muy pocas las ocasiones en que el Padre Urzúa asistió a los eventos y a las reuniones con sus colegas de la Sociedad

Colimense de Estudios Históricos, que le gustaban tanto. Pero todavía se dio la lúcida oportunidad de ir a visitar a Enrique Ceballos Ramos, a solicitarle que le reeditara su *Trilogía Histórica de Colima*. Enrique nos ha platicado que él se asustó un poco cuando le dijo eso el padre, porque si bien ya tenía algunos años dedicado a la venta de libros, nunca había editado ninguno, pero el padre le replicó: “No, mira, sí puedes. Toma en cuenta que te tengo muy presente a ti y a tu familia en mis oraciones”. Y, bueno, Enrique no le pudo decir que no, pero por el costo le dijo que lo subdividiría en los tres temas que el libro contiene, para sacar tres libritos de uno mayor. Al padre no le gustó mucho la propuesta, pero finalmente aceptó. Y así fue como salió primero el de *La Muerte del Indio Alonso*, a finales del 2006, pero que se presentó a principios del 2007, inicialmente en Colima; luego en Zapotitlán, tierra de Ramona Murguía, la señora que le dio la información al padre Urzúa; luego en Zacualpan, pueblo de Vicente Alonso; más tarde en Cuauhtémoc, donde residía el padre, y por último en Zapotlán, Jal.

En la noche del 23 de marzo del 2007, durante la presentación de este libro en el Centro Cultural de Cuauhtémoc, Col., el padre Urzúa todavía tomó la palabra para comentar un poco cómo fue que nació este libro, pero se le notaba cansado, y que con dificultad lograba hilar su discurso. Dándole tal vez pena por esto mismo, siendo que él había sido un excelente charlista.

Fue ésa la última ocasión en que me tocó verlo, saludarlo y hablar con él.

Varios de sus amigos y compañeros lo fueron a visitar también ocasionalmente a su casa, y nos comentaban que lo veían decaído, pero que se alegraba durante esas visitas y solicitaba que no dejaran de visitarlo.

Hacia finales de septiembre del mismo años, supimos, de repente, que el padre Roberto se había caído y quebrado la cadera; que estaba en una silla de ruedas, hospedado en el Asilo de Ancianos de Colima. Sitio en el que, pese a sus limitaciones, solía ayudar a su colega, Ricardo Vázquez Lara, ya muy limitado también, a decir la misa.

Quienes pudieron lo fueron a visitar también allí, pero luego volvimos a saber que, como acostumbraba decir, no se halló muy bien allí debido a que la mayor parte de los ancianitos con quienes compartía el techo ya no estaban muy bien de sus facultades mentales, o porque él, tal vez motivado por sus afanes intelectuales, quería seguir hablando de temas que a sus compañeros fortuitos no les llamaban la atención, y se desesperaba.

El hecho fue que estuvo algún otro tiempo con su hermana Lupita, en Tecomán; luego en otro espacio, especie de asilo, pero particular, que si mal no estoy informado, se llama o se llamaba la *Casa de las Lunas*; de donde regresó un tiempo a casa de su hermana, donde falleció en la madrugada del día 5 de junio pasado.

En la tarde de ese día que comento, me habló nuestro compañero Noé Guerra Pimentel para comunicarme que el padre Roberto Urzúa Orozco, el más ameno de nuestros

historiadores, había tenido su *encuentro final con el tiempo*. Ese encuentro que tres años exactos antes, él mismo me dijo que estaba esperando.

Descanse en paz nuestro buen amigo y maestro y... si de verdad hay Gloria, como nos lo anuncia el Nuevo Testamento, Dios lo tenga en ella con él. Nosotros lo quisimos y lo recordamos con muy especial afecto.

Datos complementarios sobre la bibliografía del P. Urzúa

Roberto Urzúa Orozco fue miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; socio fundador de la Sociedad de Historia Eclesiástica Mexicana; socio fundador de la Sociedad Mexicana de Canonistas; socio fundador de la Sociedad Colimense de Estudios Históricos y miembro del Colegio de Colima.

Escribió y publicó:

El Hospital de Tecomán (Edición de autor, Tecomán, Col., 1967); *Las parroquias de Caxitlán y Tecomán* (1967); *Los Tecos, una Raza sin Historia* (1968); y otros fascículos con que integró el libro *Colima, Caxitlán y Tecomán*, editado en 1970.

Entre la historia y el folclore (1969).

(Apuntes para la) Historia de la Educación Pública en Colima (1972), que no publicó nunca, y cuyo borrador escrito a máquina y con acotaciones hechas a mano me obsequió hace varios años. Sobre esto me mostró un oficio en que la Secretaría de Educación le daba nota de “recibido” y le agradecía el original del texto entregado. Oficio que quizás todavía está entre los papeles que el padre dejó.

“La palma de Colima y sus cocos”, en *El devenir de los años y sus testigos*, Secretaría de Cultura, Colección Alforja Histórica Colimense, Nú. 1, 2001.

Trilogía Histórica de Colima, primera edición 1979; 1986 y 2003, segunda y tercera edición. Esta Trilogía contiene: *Siglo XX: La Muerte del Indio Alonso, ‘Para qué sirven los tíos’*; *Siglo XIX: El Camino Real de Colima, ‘Dicen que yo no lo sé’*; *Siglo XVI: Jerónimo López, ‘Un conquistador de Colimán’*. De los cuales, el primer y el segundo textos fueron re publicados como libros separados, en 2007 y 2008, por Enrique Ceballos Ramos, a quien el Padre Urzúa todavía alcanzó a solicitar la cuarta edición de la *Trilogía*. Sabemos que en la fecha que redactamos esto (septiembre 2008), el texto de Jerónimo López ya se halla en la imprenta.

Publicó asimismo el padre, numerosos artículos en la revista *Histórica* de la Sociedad Colimense de Estudios Históricos, entre 1995 y el 2004. Artículos sobre los que hay un índice completo en *Andares, Huellas de una Institución en el XX Aniversario*, (libro conmemorativo de la Sociedad colimense de Estudios Históricos) del ingeniero Arturo

Navarro Iñiguez, Secretaría de Cultura, Colima, 2008, p. 137-139. Sobre sus colaboraciones en *Histórica* cabe mencionar que una de ellas (la correspondiente a Septiembre del 2002) intentó ser un poema, podría decirse vernáculo y costumbrista, dedicado a “La Feria de Colima”, en el que, pese a no haber logrado un texto redondo, tiene algunas interesantes estrofas y varios versos muy dignos de consideración. Versos y estrofas en los que, pese a referirse al final de un año cualquiera, creo hallar una alegoría referida a su particular espera del *fin final* que me comentó durante las entrevistas. Cito:

*El año ya está vencido,
como el roble del camino,
que se agacha en cada rayo
y se inclina en el abismo (...)
Y parece que no hay otra:
que todo es irse hacia abajo,
y abajo todo termina.
Pero no hay por qué estar triste;
pues si es verdad muy clarita (...)
también es mucho muy cierto
que mientras dura la vida
y no se vuelva ceniza,
se toparán pedacitos
de placer y de alegría (...)
Y aunque te vas año mío
anunciándome un final,
tengo la mucha certeza,
porque lo sé de verdad,
que en tus últimos latidos,
casi ya por terminar,
como un castillo vistoso
también te revertirás
con chisperos de alegría,
serpentinadas de color,
como adornos de esperanza
y confeti de ilusión.*

(Revista *Histórica*, Septiembre de 2002).

Nota final

El viernes 10 de octubre de 2008, el Obispado de Colima y la Sociedad Colimense de Estudios Históricos, A. C., llevaron a cabo una *Velada literario-musical*, organizada precisamente en memoria de nuestro biografiado, y con el propósito de alentar a los asistentes a seguir leyendo y conociendo sus obras. El interesante evento se realizó en la nave principal del antiguo templo de El Beaterio, sucesor directo, puede decirse, de la primera parroquia de Colima, y que por lo mismo está en pleno centro de la ciudad y en el corazón de la diócesis.

Allí se dieron cita, el Sr. Obispo, José Luis Amezcua Melgosa, algunos pocos miembros del presbiterio que tuvieron el rato libre, los compañeros del Padre en la SCEH y un buen número de amigos, conocidos, familiares y feligreses del homenajeado. Todo ello bajo la realización del siguiente:

PROGRAMA:

- 1.-Presentación de los Participantes.
- 2.- Ofrecimiento del Evento,
Lic. Margarita Rodríguez García,
Presidenta de la Sociedad Colimense de Estudios Históricos.
- 3.- Reseña Biográfica del P. Roberto Urzúa Orozco,
Profr. José Abelardo Ahumada González.
- 4.- *Adoro Te Devote*, canto gregoriano,
Coro del Seminario Mayor, dirigido por el
Mtro. Gabriel de Jesús Frausto Zamora.
- 5.- Perfil sacerdotal del P. Urzúa,
Pbro. Antonio Zamora Leal.
- 6.- *O Sanctissima*, canto tradicional,
Coro del Seminario Mayor.
- 7.-*Temple poético del P. Roberto Urzúa,*
Pbro. Ricardo Arturo Figueroa Bejarano.
- 8.- *Asperges Me*, canto gregoriano,
Coro del Seminario Mayor.
- 9.- Mensaje de **Mons. José Luis Amezcua Melgosa,**
Décimo Obispo de la Diócesis de Colima.
Moderador: **Lic. Noé Guerra Pimentel,**
Secretario de la SCEH.

Al término de la alocución de Monseñor Amezcua, quedó abierto el micrófono a quienes quisieran participar con algún breve comentario u opinión sobre la vida del padre Roberto. El Ing. Rafael Tortajada Rodríguez tomó la palabra para mencionar, emocionado, que él había aparecido en una de las fotografías que este redactor proyectó en el momento de reseñar la vida del padre, y que ello se debió a que durante la misa que el padre ofició para celebrar las Bodas de Oro Sacerdotales, a él, (me refiero al ingeniero Tortajada), le tocó entonar felizmente en ese acto el *Ave María*.

Luego, yéndose un poco más allá de lo anecdótico y remitiéndose a los últimos días del padre Roberto, el Dr. Cuauhtémoc Acóltzin, tomó el micrófono para describir un poco de lo que ya habíamos dicho antes, en el sentido de que vivió sólo y en malas condiciones de salud y de atención, mencionando el hecho triste de que, durante su permanencia en el Asilo de Ancianos, “lamentablemente, el personal que lo cuidaba escamoteó algunos medicamentos de prescripción controlada”, y que “al no recibirlos, su pensamiento se desquició y decidió abandonar el lugar”; por lo que “anduvo peregrinando, mal cuidado, mal tratado y casi olvidado”. Habiéndole dicho el padre, en alguna ocasión, a manera de queja, que cómo podría ser posible que después de tantos años de servicio sacerdotal, pudiera llegar “a morir en la calle”, como un animal.

Pero, para su fortuna (hasta donde cabe hablar de fortuna aquí), eso no sucedió, porque como el mismo doctor Acóltzin lo comentó en su participación, el padre murió bien atendido. Pero al respecto mejor cito su texto, que me obsequió:

Un mal día se cayó y se fracturó la cadera, lo que lo deterioró aún más. Como se quejaba y se mostraba inquieto le administraron sedantes (¿de más?, pregunto yo) hasta que quedó en coma. Lo que motivó su hospitalización.

Estuvo entonces en la mejor habitación del sanatorio: con aire acondicionado, buena comida, medicación puntual y efectiva y compañía sumamente agradable. Yo lo visité y le obsequié un ejemplar del libro de Magdalena Escobosa (Sesenta Años de la Medicina en Colima), en donde menciona personajes de tiempo atrás. Como lo leíamos (en voz alta) en compañía de la Sra. Chelo de Arreguín (muy amiga del padre), juntos recordaron momentos agradables de esos años. Estaba muy contento y confortable, planeando su vida futura cuando la muerte lo sorprendió dormido.

Por lo que, como utilizando otro texto de nuestro amigo, el historiador, podremos intentar una última paráfrasis y decir que al igual que le sucedió a Jerónimo López, el conquistador de Colima que el mismo padre revivió con sus pesquisas: “Vivió su presente como verdad, actuó su pasado como recuerdo y sufrió su futuro como anticipo de una nueva (y no muy buena) realidad”. Descanse en paz.

NOTAS

- 1.- Los *güinares* son unas plantas herbáceas muy abundantes y sumamente resistentes, que llegan a medir hasta un metro de alto, pero crecen más rápido que las milpas y pueden ahogar a éstas. Se les considera plaga. Una *güinarera* sería, pues, un campo infestado de *güinares*.
- 2.- El padre Luis Gallardo Alcaraz nació en el centro de la ciudad de Colima, en la parroquia de El Sagrario, el 1º de marzo de 1914. Recibió la ordenación sacerdotal el 12 de febrero de 1939, en Guadalajara, de manos del Arzobispo Garibi Rivera. Murió en El Grullo, Jal., el 4 de enero de 1985. Fuente: Vázquez Lara Centeno Florentino, *Colima Levítico, Catálogo General de Sacerdotes de Colima*, Colima, 1996, p. 20.
- 3.- Es posible que el P. Urzúa se haya equivocado al referir que el padre José Montaña Bueno estuviera estudiando en ese momento en Montezuma, porque éste se ordenó en 1944. Los demás padres que sí parecen haber sido sus compañeros allá, en el mismo grado, son (o fueron): Juan José Rincón Jiménez y el mencionado P. Trujillo, ordenados los tres el 8 de abril de 1950. Y en diferente grado, G. de la Mora y José Moreno Cuevas, ordenados el 24 de marzo de 1951. Vázquez Lara, p. 22-23.
- 4.- El padre José María Arreguín Guerrero nació en Villa Victoria, Mich., el 20 de octubre de 1890. Fue ordenado en Colima, el 19 de diciembre de 1920, por el señor Obispo Amador Velasco. Falleció en Tecomán, el 16 de octubre de 1957. Ibidem, p. 19.
- 5.- Por paleografía se entiende la escritura hecha con caracteres antiguos. Paleografiar, en consecuencia, es la acción de poder leer e interpretar esos signos caligráficos.
- 6.- En esta parte de la entrevista él dijo textual: “Esa fue mi vida durante nueve años”. Pero en otro escrito suyo explica que entre Cofradía y Suchitlán sólo duró tres años. Por lo que deduzco que estuvo 9 años como Juez Eclesiástico y, paralelamente, 3 en Cofradía, 3 en Coquimaltán y 3 más de los 6 que fue párroco de Cuauhtémoc, pues sobre todo estas dos últimas parroquias están muy cerca de Colima, y esa cercanía le facilitaba la posibilidad de ir por las mañanas al Tribunal, y por las tardes a sus curatos, como dijo haberlo hecho en la más lejana Cofradía.